

## CAPITULO II.

En que volvemos á encontrar en la plaza de San Márcos á algunos de nuestros personajes.

### I.

Era el oscurecer lánguido y poético de un hermoso día de Venecia.

Al pié de la columna de San Márcos, en la plaza del mismo nombre, estaba sentado un mendigo que pedia con voz plañidera y enferma limosna á los transeuntes, y cada vez que recibia una ínfima moneda de cobre, rezaba apresuradamente una oracion por el que le habia dado la limosna, y acabado el rezo, que duraba pocos segundos, volvia á su compungida demanda de socorro.

A espaldas de la columna y á bastante distancia de ella se paseaba lentamente, y al parecer distraido, un hombre de buena estatura, de continente gallardo, de andar noble y majestuoso, cubierto con un birrete de ala ancha y embozado en una cumplida capa, bajo la cual, al último reflejo de la luz de la tarde, se veia relucir la contera de una larga espada. Detrás del pilar del ángulo

de los soportales del palacio del Dux, se veia un bulto informe, pardo, oscuro, replegado, en la actitud del gato que acecha.

Sobre cuyo bulto se veia envuelta por una ancha caperuza una cabeza, cuyas narices estaban enfiladas al mendigo que al pié de la columna pedia limosna y al hombre que detrás de la columna se paseaba.

### II.

Llegó un momento en que á un mismo tiempo se acercaron tres personas á aquellos tres hombres.

Habia saltado á tierra en el puerto un griego alto, cenceño, moreno, como de treinta años, lujosamente vestido, y que demostraba ser allá en su isla levantisca del archipiélago un gran personaje.

Aquel hombre era, en una palabra, el jefe tártaro gobernador de Corfú, Manuel Karuk.

Manuel Karuk se dirigió vía recta al mendigo que estaba al pié de la columna de San Márcos.

### III.

Al mismo tiempo, de la basilica habia salido una mujer alta y de continente bello, como el que deja ver una mujer hermosa, por más que vaya completamente envuelta en un manto, y se dirigió hasta llegar al hombre que paseaba detrás de la columna, y que al ver cerca á la mujer, se detuvo y la salió al encuentro, entablado conversacion con ella.

También al mismo tiempo otro hombre embozado que habia bajado rápidamente por la escalera de los Gigantes, salió por la puerta principal del palacio del Dux y se dirigió al pilar del ángulo del palacio, donde hemos dicho estaba agazapado un hombre.

## V.

Oigamos lo que Manuel Karuk habia dicho al mendigo.

—Tú eres un bribon, que de nada necesitas menos que de pedir limosna.

—Buena manera de consolar á los desventurados, dijo el mendigo con la voz gangosa y doliente; para hacer eso, es necesario tener el corazon de hierro de un corsario del archipiélago.

—Tú esperas aquí á alguien que viene de allá, dijo Manuel Karuk.

—Yo estoy esperando siempre, mi señor, y esperando se me pasa el tiempo, y cada dia que pasa me aprieta más la mala suerte; con que si no habeis de socorrerme, pasad de largo, que mientras vos esteis hablando conmigo, nadie me socorrerá.

Manuel Karuk sacó de entre su faja un largo bolsillo de seda, en cuyos dos extremos habia dinero, rodeó con aquel bolsillo el pomo de un puñal, y entregó aquel puñal con el bolsillo adjunto al mendigo.

## VI.

El mendigo se levantó apoyándose en una muleta que estaba tendida sobre las gradas de la columna, y echó andar, cojeando de tal manera, que á cada cojeo hacia una profunda reverencia, en direccion al Gran Canal.

Pero á pesar de su cojera, corria de tal manera el cojo, que aunque Manuel Karuk era fuerte y robusto, y acostumbrado á la fatiga, casi se veia obligado á correr para seguir de cerca al lisiado.

## VII.

Muy pronto el cojo y el tártaro se perdieron junto al borde del Gran Canal, á cuya entrada el mendigo se detuvo, castañeteó los dedos de una manera tan particular, que sonaron como si hubieran sido de madera, á cuya seña atracó al borde del canal una larga góndola negra.

El mendigo saltó dentro como hubiera podido saltar una cigarra, saltó trás él Manuel Karuk, y la góndola arrancó, y se perdió en el canal en la sombra, en direccion al interior de Venecia.

## VIII.

La mujer que habia llegado al hombre que se paseaba detrás de la columna, le dijo:

—¿Sois extranjero?

—Sí, contestó el embozado.

—¿Español. ó portugués?

—Sí, tanto da.

—¿Teneis el nombre de un arcángel?

—Sí.

—Seguidme.

—¿Quién os envía?

—Un ángel que os ama.

—Os sigo.

Y Gabriel de Espinosa, que tal era el embozado, siguió á la encubierta, que le llevó al vestibulo de la basílica de San Márcos, donde sentada al pié del cajon destinado á colocar los expósitos, estaba sentada otra mujer.

## IX.

Antes de seguir adelante, sepamos lo que dijo el embozado que habia salido del palacio del Dux al hombre que estaba agazapado detrás de la pilastra del ángulo.

—Toma, y obra en caso extremo como si tú fueses el Consejo de los Diez.

—Yo no puedo partirme en dos, dijo el hombre, que continuó encogido; si Nicolino Razzi y el rey don Sebastian toman distintas direcciones, ¿á quién sigo?

—Al rey don Sebastian.

—Pues decidme, monseñor, lo que hubiéreis de decirme pronto, porque una mujer se acerca al rey, y éste no tardará en seguirla.

—El papel que te he entregado, te dirá lo que tienes que hacer. Parte.

El que habia salido del palacio del Dux se volvió y entró en él, y el hombre encogido se estiró, se puso de pié, echó á andar rápidamente á lo largo del costado del palacio del Dux, dobló el ángulo de la plaza, y se colocó en observacion entre dos pilastras de la basílica, embebido, perdido en la sombra y á poca distancia del lugar en donde se encontraban Gabriel de Espinosa y las dos mujeres.

## X.

—Gabriel, dijo con voz trémula la dama que esperaba al pié del cajon de los expósitos, al fin es lo que quieres; al fin me decido á ser tuya y á asistir al lugar donde hemos de unirnos para siempre; pero antes es necesario que me sigas á otro lugar; que te armes de valor, para ver lo que ha de suceder en aquel lugar.

—¿Y dónde hemos de ir, mi adorada Estéfana? dijo Gabriel de Espinosa.

—A un lugar muy bello, donde todo es ruido y alegría: á los jardines de Apolo.

—¿A dónde van todas las Mesalinas de Venecia! ¿Y tú has de concurrir á ese lugar impuro!

—Bajo la careta desaparecerá Estéfana Barbarigo; pura he salido de allí mil veces, y pura volveré á salir; pero allí dejaré un hombre, á quien sacarán muerto.

—¿César Malatesta!

—Sí; no me atrevo á unirme á ti estando vivo ese hombre.

—¡Qué importa ese hombre! dijo con desprecio Gabriel.

—Ese hombre no perdonaría medio para exterminarte, si te viese mi esposo.

—¡Te ama!

—Peor que eso; le he humillado, y me aborrece; él saludaría con placer á su venganza, si viese la ocasion de desgarrarme el alma, de abatir mi orgullo. César Malatesta está rodeado de todo lo que de perverso encierra Venecia; él tendría mil medios para acabar contigo; por eso yo acabaré antes con él.

—No, y cien veces no; nunca he temido ni al cielo ni al infierno; César Malatesta es para mí un sér despreciable.

—Tú no le conoces; yo, que le conozco, te declaro que no me uniré contigo mientras Malatesta viva.

—Pues bien; le buscaré, le azotaré el rostro, y cuando quiera vengar su injuria, le mataré.

—En ese caso me vuelvo á mi casa; sus puertas no se abrirán más para tí; no me volverás á ver.

Y Estéfana se puso de pié.

—Vamos, Laureta, dijo á la otra mujer; volvamos á buscar nuestra góndola; el hombre que ha venido contigo no es el que yo esperaba.

Y echó á andar.

—Espera, le dijo con voz tímida Gabriel de Espinosa.

—Pues bien, sígueme, dijo Estéfana.

—¿Irá César Malatesta al lugar donde quieres ir? dijo Gabriel de Espinosa.

—Sí, contestó Estéfana, porque yo le he hecho avisar de que esta noche me encontraría allí.

—¡Oh! Pues entonces, vamos.

Y Gabriel de Espinosa dió su brazo á Estéfana que se asió á él y echó á andar hácia el Gran Canal.

Laureta los seguía de cerca.

Al llegar al borde del canal, Estéfana dió tres palmadas.

Inmediatamente se acercó una góndola que atracó al borde del canal.

Estéfana, Gabriel de Espinosa y Laureta, entraron en ella.

Apenas habian penetrado en la litera de la góndola, y antes de que ésta arrancase, saltó á su popa un bulto negro que no se sabia por donde habia venido, y que dijo en voz muy baja al gondolero que estaba al timon: —¡San Marcos y Venecia!

El gondolero permaneció inmóvil como si nada hubiera acontecido, y el bulto que habia saltado á la góndola se replegó en la popa.

—A los jardines de Apolo, dijo desde dentro de la litera la voz de Estéfana.

Y la góndola arrancó.